

LAS ESPERAS DE MAX AUB

Pedro F. Miret

Entre tres vértices vitales transcurrió la vida de Pedro F. Miret: Max Aub, Luis Buñuel y José Luis Benlliure. El primero lo arrastró por los meandros de la escritura; el otro le mostró los intrínquilos del oficio cinematográfico; el tercero lo ayudó a templar su concepto de arquitectura. En el presente texto recuperado, Fernández Miret—nacido en Barcelona en 1932 y muerto en la ciudad de México en 1988— rinde tributo al patriarca de los transterrados españoles, a quien se festejó en junio reciente el centenario de su nacimiento. Se trata de un ensayo por el que se infieren sus dotes de crítico y por el que nos acercamos a una de las facetas menos conocidas de Miret: el ensayista literario, otra de las caras de un poliedro que se sostiene por las de guionista, pintor, arquitecto, escenógrafo, actor, además de literato incursionado en el cuento, la novela y el teatro. Coinciden en este acercamiento las mejores cua-

lidades y características de la escritura mireteana, que acaso nos sirva para recuperar la obra de un narrador reverenciado, escasamente divulgado y aún más olvidado de la historia literaria. Empresa de recuperación que ha iniciado Maía F. Miret, su primogénita.

Resta agradecer, en nombre de los editores de la revista Universidad de México, a Victoria Schussheim la autorización y su gentileza para reproducir este paseo por la obra maxaubiana.

"Las esperas de Max Aub" se publicó en siete entregas en la primera página de "El Universal en la Cultura", sección de El Universal, del 7 al 13 de julio de 1986.

Javier Perucho

Max Aub era un escritor prolífico y talentoso. Raro es quien tenga la totalidad de su obra. Yo no soy la excepción, pero poseo algo que no creo que tenga el común de los lectores. Se trata de unos cuadernillos, por entregas, a los que dio el nombre de *Sala de espera*. Constan de 16 páginas y están íntegramente escritos por él. La fecha, 1948. El precio de cada uno: \$1.50. Sí, lector, leyó bien, un peso con 50 centavos, pero de los de antes.

Releyéndolos nos damos cuenta de la importancia que tienen en su obra. Son las piezas faltantes para entender por qué es uno de los escritores más importantes de su generación: quien sólo esto hubiera leído de él, llegaría a la misma conclusión. Merecerían ser reeditados, conservando su formato original, pues Max también era un amante de las bellas impresiones... En estos cuadernillos hay de todo, como en botica; obras de teatro, todas en un acto, cuentos, poemas y algo que me atrevo a llamar "imágenes". No llegan a cuentos cortos ni son el germen [sic] de cuentos largos o novelas. Son sencillamente imágenes literarias y nos revelan a un Max Aub íntimo y observador como jamás imaginamos.

Sus obritas de teatro tienen una constante: son situaciones del exilio y de la España franquista. Su amargura nos conmueve, pues percibimos mucho de verdad, mucho de autobiografía en ellas. Habla en primera persona. Quien dijo que "escribir es recordar con talento" no dijo sino la pura verdad. Habla sólo del exilio español, es cierto, pero en realidad habla de todos. Los conflictos humanos que se producen en éste deben ser, tienen que ser los mismos en cualquier lado que se dé el desarraigo. Impresiona la forma en que describe la degradación del hombre y la mujer.

ANDRÉS: Lo único que he conocido desde hace años es eso: la policía. Sería divertido ver cómo es desde adentro. Al fin y al cabo la culpa no es de ellos, sino del mundo tal como es hoy.
["A la deriva"]

Seres acosados que se tornan cínicos y escépticos para sobrevivir. Sin objetivos mediatos, pero sí uno inmediato: salir del infierno creado por el propio hombre... Quizás lo logren, pero sabemos que quedarán marcados de por vida, nunca volverán a creer en nada. Su pasado, sin grandeza, de los que no se pueden contar a los nietos.

Los personajes de la España franquista que describe no son menos amargos. La vida parece normal, la gente trata de fingir que lo es. Pero esta falsa normalidad se quiebra constantemente. Es peligroso decir ciertas cosas, hay que acostumbrarse a pensar dos veces lo que se va a decir. Se vive en el reino de la delación.

ISABEL: Me lo han contado los cientos que, como yo, vuelven: las llamadas a la puerta. Los ¿quién será a estas horas? Los pasos. Pero eso pasa. Se da una vuelta en la cama y se procura olvidar... Lo malo, para ellos, es que el olvido no se despacha en la botica. ¡Qué gran negocio harían vendiéndolo!" ["La vuelta"]

Si los personajes de "A la deriva" viven en el terreno de volver a ser remitidos al infierno, los de "La vuelta" tratan de hacerse a la idea de que finalmente ese sitio es vivible, a pesar de todo... Vivir, ésa es la constante de todos los personajes. Hay que pasar por todo, hay que pagar cualquier precio para seguir vivo, incluso tratar de entender.

ISABEL: ¿Es que reunir a los maestros de primera enseñanza es un crimen?

DAMIÁN: Para ellos sí.

ISABEL: ¿Los justificas?

DAMIÁN: Se defienden por la fuerza. No tienen otro medio.

["La vuelta"]

Es lógico que estas obras de teatro no se monten; no las podríamos resistir. Se nos ha acostumbrado a otra imagen del hombre, a saber: podemos soportar la adversidad, la humillación hasta cierto punto, pero pasando determinado límite surge la rebeldía, despierta la dignidad adormecida, se vuelve a ser hombre... Quizá ocurra en ciertos casos, pero no en los personajes de Max Aub, es decir, en la gran mayoría. Él lo vio, él puede dar testimonio de que no es así... pero no es un detractor del hombre, es un cronista de sus debilidades.

DAMIÁN: ¿No vas a salirme ahora con que todos los hombres nacen buenos?

ISABEL: Hoy lo único que les enseñan es ir a lo suyo por caminos más torcidos.

DAMIÁN: Todos lisiados.

ISABEL: Sí. La humanidad está coja... pero no manca. ["La vuelta"]

II

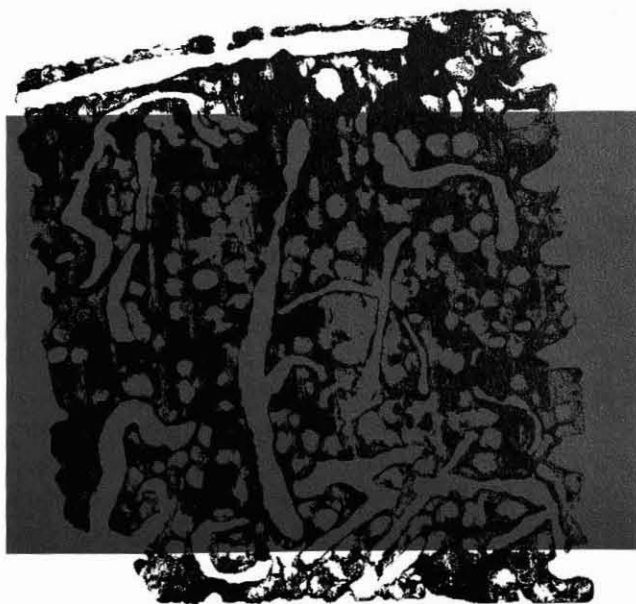
En "Los excelentes varones", una de las breves obras de teatro de Max Aub, uno de los personajes tiene una reflexión sobre un tema obsesivo para él:

WINKEL: La Policía es la fuerza coercitiva del mundo que estamos viendo nacer. El pueblo que la tenga mejor, dominará... es el reino de la Policía. ¡La Policía dueña del mundo! ¡El mundo será de los polizontes! ¡Cada quien con su ficha!

El contacto con la policía está en la experiencia de todos los exiliados. Para un escritor es una eventualidad remota, casi absurda, tener trato con ella, y más como primera consecuencia del destierro. No lo podrá olvidar jamás, aparecerá en sus pesadillas y en su obra. Podría parecer exagerado. No lo es. Para un exiliado el trato con la ley es otro. Es sospechoso en potencia ante todos los policías, por serlo de la policía de su propio país: "Algo habrá hecho".

Sin embargo, lo que pasó con los poetas del exilio también ocurrió con Max Aub; el terrible dolor del éxodo lo enriqueció como escritor.

Leyendo sus obras de teatro tenemos la impresión de que todos sus personajes hablan igual. No es exacto: hablan de lo mismo, que es otra cosa. Sólo quienes han pasado por el *shock* de una guerra lo saben. Alguien me contaba que durante los años de la posguerra, en España había un tema recurrente: la comida, de la misma forma que ahora el tema obligado entre nosotros es la inflación, es decir, la supervivencia.



"La cárcel" es una obra ambiciosa a pesar de su brevedad; siete mujeres en un calabozo... de España, naturalmente. Aquí las mujeres no sólo hablan de lo mismo, sino que hablan como hombres. La femineidad, los temas "propios de la mujer", constituyen un lujo desconocido. Hay que ser medianamente feliz para amar.

PILAR: Hay que enfrentarse a la realidad tal como es. La imaginación no sirve para gran cosa.

SUSANA: Por ahí dicen que mientras haya vida hay esperanza.

PILAR: A veces para que viva la esperanza hay que dar la vida. Eso, nosotras las mujeres lo sabemos mejor que nadie.

Dos de las mujeres tienen un diálogo que resume mejor que cualquier ensayo el pensamiento de Max Aub:

TERESA: ¿Qué haces?

PACA: ¿No lo ves?

TERESA: ¿Rezas?

PACA: ¿Es pecado creer en Dios?

TERESA: No. Pero ¿no te basta que nos lleven cada mañana a la capilla?

PACA: Aquello no vale.

La historia más terrible que haya contado Max Aub es sin duda "A la deriva". A su lado *Macbeth* nos parece ingenua. ¿La trama? Una prostituta y un hombre entran a un hotel. Hablando, hablando, descubren que son marido y mujer y que ella es, además, informadora de la policía. Un *tour de force*. El hombre trata de matarla cuando ella le propone ser también "chivato". No lo hace.

ANDRÉS: No vale la pena. Sois demasiados. De uno en uno no se acabaría nunca. Anda a denunciarme. Anda, ¿qué esperas? ¡Quería una ramera! ¡Una ramera! Era demasiado pedir. Me salió una cochina chivata. ¡Púdrete!

La policía siempre presente. Por una ironía del destino, o quizá del propio Max, la obra se estrenó en el penal de las Islas Marias en 1947.

En "Tránsito" narra la nostalgia de un refugiado español en México. En las noches el pensamiento vuela a España. ¿Qué estará pasando ahora allá? Lo único que sabe con certeza es que está amanecien-

do. Otro exiliado llega a su casa a comunicarle el propósito de volver.

EMILIO: Te meterán en la cárcel.

ALFREDO: Que te metan. Por lo menos comeré garbanzos o lentejas de allá. Aquí lo perdí todo... hasta el acento...

No lo hará, y mucho menos por un plato de lentejas. La analogía es demasiado obvia. Cada personaje representa la dualidad del exilio: por un lado los que están preparados para que sea definitivo, por el otro los que todavía no lo están... y siempre lo estarán malamente.

Muchos españoles verbalizaron el exilio en el café. Viene de raza. Max Aub lo hizo en su obra. Salimos ganando.

III

Las "imágenes" de Max Aub, como apuntamos, no son gérmenes de cuentos, novelas ni simplemente "salidas en falso" de un escritor. Son, eso sí, esbozos literarios a la manera de los apuntes que hace un pintor para captar lo fugaz, algo que quiere retener, una atmósfera, una figura, una luz. Como suele ocurrir, estos esbozos, hechos sin la presión de realizar una obra ambiciosa, son por lo regular pequeñas joyas... Injustamente son considerados como obra menor, pues la gran obra debe ser una novela con el mayor número de páginas posibles. El público no perdona que el escritor o el pintor trabaje poco: piensa en términos de estiba: quien carga el saco más grande es el mejor.



MUERTE

La ventana se abre sobre tejados y chimeneas. La buhardilla es estrecha. El menaje pobre, alegre, gustoso. La mujer juega con su marido, ríe, se desliza, le quiebra. El hombre la cerca, la busca, impaciente. Ella, de un salto, se encarama y se sienta sobre la barandilla del balcón del séptimo piso. Las manos bien cogidas al hierro horizontal. Las posaderas se le van un poco afuera. La falda negra, las medias pajizas. Ella se dobla hacia adelante riendo. Las faldas se le sobresuben hasta las rodillas descubriendo una liga verde. De pronto le giran las muñecas, se desfonda, cae hacia atrás, horriblemente desfigurada, se hunde. El hombre se precipita hacia el balcón. La mujer va cayendo en el vacío, sólo se ven las faldas negras, las piernas claras, circundadas, más allá de las corvas, por las ligas verdes. El hombre la ve caer, la ve inmóvilmente caer. La ve caer para toda la vida. La ve llegar al suelo y quedarse allí abajo de la misma manera que caía por el aire: la falda negra, las medias pajizas, las ligas verdes. Un instante cree que sueña, que ella se va a levantar, que no ha pasado nada. Va a gritar. De pronto piensa en que si lo hace creerán que ha sido él o ella: crimen o suicidio. Seguramente se va a levantar. No pasa nadie por la calle. De pronto, de la acera que no ve, sale un hombre que toma a la mujer por los sobacos y la arrastra. Queda una mancha roja, oscura, brillante, enorme. El hombre baja hundiéndose, cayendo escaleras abajo de un golpe.

¿Dónde ocurre? ¿Quién es el hombre, la mujer? ¿No importa? Saberlo no enriquecería el texto.

—¿Tenías novia?

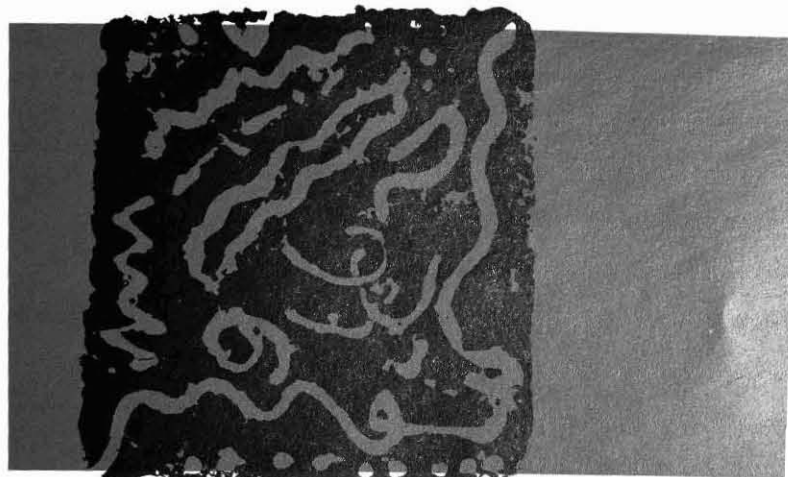
—¿Quién? ¿Yo? No.

El río corre mansamente entre la arboleda y las riberas empinadas. Bajamos a lavar las pesadas tinas. Los guardias acuden a ver si quedan limpias de zurullos:

—Límpialo mejor, si no quieres que te obligue a hacerlo con la lengua.

Cojo un manojo de hierbas y obedezco. Enrique Serrano Piña me ayuda, los pies en la mansa corriente.

—Cuando volvamos allí no hay que afusilar a ninguno: aunque sé quién denunció a mi hermano: es de Sevilla.



—¿Y si te lo encuentras?

Me mira fijo, se encoge de hombros:

—No caerá esa breva.

Insisto. Sonríe con su cara de niño:

—Lo mandaré a Montpellier... o como se diga —pronuncia: Monpeyé—, para que vea lo que es bueno.

—Allez, ouste...

Resbalamos, subiendo. Se forma de nuevo la conducción. Tras los Pirineos, España.

Luis González Merino era un hombre enjuto, con los labios mal marcados, miope y un poco redicho. Muy apegado a sus prerrogativas de hijo único, trataba a sus padres con cierto desprecio y éstos lo aguantaban con gusto:

—Es nuestra alegría. ¿Viste bien, no?

Su miedo: que se casara. Nunca abrieron boca por verle llegar tarde. Como si el trasnochar compensara, para ellos, tácitamente, el matrimonio. Rehuía toda conversación que lo pudiera llevar por los aledaños de la coyuntura oficial y sacramental. Era el tema obsesionante de las conversaciones de los viejos cónyuges:

—Nunca estará mejor que con nosotros.

(Con esa cerrazón a todo que permite a los hombres ver en los demás su complemento; sin advertir en el prójimo sentimiento idéntico.)

Estas dos "imágenes" no son tales, son fragmentos de los cuentos "Otro" y "Un traidor". Sin embargo, constituyen dos excepcionales miniaturas en sí del mejor Max Aub. Como en el caso de la serie *Los horrores de la guerra*, de Goya, cada imagen suya puede ser autónoma. ¿Goya? ¡Qué cerca del pintor aragonés!

IV

En los números 3 y 6 de *Sala de espera* hay dos textos capitales de Max Aub: "Tibio" y "Elogio de las casas de citas". El primero, el hilo del pensamiento de una mujer sola, describe el amor mediocre sin solución de continuidad.

No me quieres
Ni me dejas de querer.

Max pinta magistralmente una relación que no lleva al crimen ni a la felicidad absoluta, o sea, lo usual. En el medio tono es donde el escritor tiene sus más grandes logros, donde más conmueve, donde lo seco y breve de su lenguaje entra en consonancia con su temática. Si hubiera sido pintor, habría pintado como Gutiérrez Solana, sin concesiones y con colores sombríos. Esto se hace evidente en el segundo relato, éste absolutamente visual. Es casi un estudio de atmósferas y olores. Si algún día olvido quién lo escribió —cosa improbable—, y que es un cuento, juraré haber estado "allí". No creo exagerar al decir que es no sólo el mejor relato de Max Aub, sino uno de los mejores jamás escritos en lengua española.

TIBIO (fragmento)

Hablo. ¿Hablo con quién? Contigo, conmigo. Hablo con todo lo que me rodea. Si yo fuera todavía mi abuela te escribiría o me escribiría en un diario con cantos dorados y cerraduras chiquitas asegurada con una llave que guardaría en mi seno. Pero hoy escribir cuesta mucho. Todo se resuelve hablando por teléfono. Cuesta mucho menos mover la lengua que la mano. Hablo contigo esperanza, sabiendo que no vendrás. No vendrás hoy. Lo has dicho: No me esperes. No te espero y sin embargo cada ruido que sube de la calle o viene de la escalera me pareces tú. Espero verte entrar en cualquier momento. Oigo el ruido de tu llave en la cerradura. Ya se corre el pestillo, ya chirrían leves los goznes, ya estás aquí. Pero no. No vendrás. Estoy segura de que no vendrás. Lo repito para ver si el encantamiento de la palabra hace nacer en ti, donde estés, el deseo de venir a verme. Ya sé que no me quieres. No es ésta la frase exacta. Sé que no es que no me quieras, pero tampoco me quieres. No me quieres ni me dejas de querer.

ELOGIO DE LAS CASAS DE CITAS (fragmento)

Allí todo es claro, sin problemas, matemático. Las

escaleras varían, pero no la tranquilidad recolecta [sic] que las envuelve: Casa burguesa con lejano tufo de comida media: ¿de la portera?, ¿de los inquilinos? Mezcla. Lento ascensor ensortijado de hierros colgados, pintojos de anilina plateada, de difícil puesta en marcha e incontrolable botón de descenso. Alfombra a medio uso.

Timbre apagado. Quién avizor. Entreabrir sigiloso.

—Pase usted.

—¡Ah! ¿Es usted?

—¿Todavía no ha venido?

—Entre aquí. Pase usted.

Gruñido.

—Tanto tiempo sin verle.

El tono, como siempre, según las relaciones, las propinas y los conocimientos.

Pasillo oscuro. Cortinas de gro o terciopelo. Las aparta la gerente. El mundo es capitalista y descubre un salón oscuro con su tresillo de damasco ajado —azul, rojo o verde—, mesilla en el centro con uno o dos ceniceros, de cristal o de latón, según. Alfombra roída de estilo que fue persa. Almohadones de satén y una muñeca historiada, sentada, con los ojos muy abiertos, en una esquina del sofá. El empapelado —serio, triste— se adorna con un Sagrado Corazón de Jesús, rojo y amarillo, enmarcado de negro. En una esquina un pie, de estilo vienés, sostiene un jarrón con flores artificiales descoloridas por la electricidad y el tiempo. Una ventana cerrada da, sin duda, a un patio interior. Tranquilidad. Silencio grato.

—Siéntese.

Gruñido contestante. ¿Para qué llegar al esfuerzo de la palabra?

Todo está claro.

—Ahora vendrá.

Gruñido.

—Espere un momento. Ahora sale.

Siempre: —¿Me permite?

Y la proxeneta desaparece en el revuelo del cortinón. Entonces el hombre saca un cigarrillo. Lo enciende pausadamente, mira el Corazón de Jesús o la Sagrada Familia y se siente satisfecho. El ruido de una puerta se abre, una voz: —Aquí no, allá.

El hombre sale. Baja las escaleras a pie. Ligero. No se vuelven a ver.

Decidme si conocéis algo más perfecto. ¡Oh maravilla del dinero!

V

En *Sala de espera* también está presente el Max Aub poeta. No es fácil imaginarse haciendo poesía al hombre que páginas antes nos hablaba del naufragio de su generación... y todavía más asombroso resulta que esa poesía no tenga vestigios de color ni amargura. Todo lo contrario, es soñadora, amable, precisa y siempre con el concepto exacto de la palabra. Casi ni es poesía, sino una extensión de su prosa.

DJELFA

Paisaje

Ahora, ¿es aún de noche? Quizás. Puntea un hálito frío y pálido sobre las lomas muertas, dando a las estrellas un nuevo brillo mortal. Larga playa plateada del horizonte. Última bocanada de la luna, ojo del nuevo día, soplo leve; levadura, suavísimo resplandor de la noche clara, lentitud eterna. En el silencio siento rodar la tierra hacia adelante.

Ya se recortan negras, en grises suaves, las alambradas, hacia Levante. Levísima brisa, tibia. El día viene a darse preso. Muy lejos, desgarrado, el último gañido de la postrera hiena.

¡Desierto!, espejo del cielo. El morabo de yeso, cráneo mondo semiescondido tras la colina, frente por frente de la auténtica media luna del cielo: Tarjeta postal de Constantinopla.

¡Qué grande es todo! Mas la luz gana contornos y mata distancias. Todos prisioneros.

DESIERTO

Allá donde llega el ojo,
llega la nada,
amarilla y parda.

(Una teoría de camellos,
lentas, prietas cuentas, enhebra,
ristra de sarna
tiempo y tierra rastreta,
cieno y siena.

Donde pones el ojo,
todo es nada,
duna, duda, arena.

Lo único cierto: el hombre.

—Oh... é! ¡Oye!

Sin más eco que Jehová
o Mahoma.

(Al fin y al cabo tanto monta,
sólo oye
el hombre).



Allá donde llega el ojo,
llega la nada,
amarilla y parda.

La diferencia entre ambos parece estar únicamente en su disposición tipográfica: la poesía vertical, la prosa tendida, pero resulta fácil convertir el texto en otro poema y el poema en prosa.

MORA (fragmento)
El sol, la sed.
Al norte, Argel.
Una morilla
anda cernidilla,
blanco garbo,
blanca gracia,
blancos pliegues
y repliegues,
blanca almalafa.
Ojo oscuro entrevisto
que ve sin ser visto,
mira y ofrece.
Sólo apunta
y brilla
la negra punta
de la zapatilla.

Max Aub no deja de ser prosista para hacer poesía. No usa de esa lírica específica de la poesía. "El sol, la sed." Ya sabemos que un sol puede ser "de fuego" y que la sed es "atormentadora"; no hace falta decirlo. Marín Cañas decía que la inspiración desbordada es el peor enemigo de un poeta. Quizás dé buen resultado en el primer momento, pero a la larga nos condena a ir a hacer compañía a Rubén Darío. No será el caso de Max Aub.



VI

Si Max Aub en sus poemas "Desierto" y "Mora" se muestra evocativo y sereno, en "Plegaria a España" lanza un grito desgarrado contra la persistencia del mal. Clama venganza contra el invasor interno, contra quien se ríe del vencido y su impotencia. Nunca antes ni después escribió ni volvería a escribir algo tan visceral, tan cargado de emoción, tan violento y tierno a la vez, tan lastimero y gallardo. Si sus otros poemas son para leerse en silencio, éste es para decirse en voz muy alta. Es un verdadero "poema de batalla".

PLEGARIA A ESPAÑA

SEGÚN LOS SALMOS LXXIX Y LXXX

¡Oh, España! ¡Oh, mi país contaminado,
Puesto en montones y en almoneda,
Carnicería sin fin abierta a los cielos,
Madre de cuervos!
¡Oh, España mía, violada cada mañana!
¡Oh, España nuestra, cementerio abierto!
¿Por qué nos desamparas?
Aquí estamos por ti y tenemos que soportar las
[risas y las burlas

Que despiertan tu amor.
Somos afrentados porque creemos en ti.
¿Hasta cuándo, España?
Tú que eras todo oídos, tú que eras los
ojos de todos y cada uno de nosotros.
Allá envuelta en tu mar inaccesible.
¡Derrama tu ira sobre los que no te aman,
No dejes rastro de ellos,
Anticípanos tu misericordia!
¿Por qué dicen todos, con sus malos ojos,
Dónde está vuestra España?
Ayúdanos con la gloria de tu nombre.
Y líbranos y perdona nuestros pecados, por la
[gloria de tu nombre.
¡Álzate ante todos! Oye el gemido de tus presos,
La venganza en la sangre de los que te quieren
[bien,

De tus obreros, España.
Conforme a la grandeza de tu nombre preserva
[a los condenados a muerte.
Y vuélvenos a tu seno.
Y revuelca en tu infamia a los que te han
[deshonrado.

Nosotros somos tuyos, España, en el destierro.
Quisiéramos tener manos en tus costados.
Brazos por encima del océano.

A large, abstract, high-contrast black and white image, possibly a stylized face or a complex pattern, dominating the lower half of the page. The image is composed of thick, irregular black shapes against a white background, creating a stark, graphic effect. The central part of the image features a series of vertical, branching lines that resemble a stylized face or a complex pattern. The overall composition is dynamic and visually striking.

VII

En su primera mirada a un mundo que no es el suyo... "Trópico de tarjeta postal", que nunca será el suyo. Su asombro revive el asombro ya agotado de nuestro primer contacto. Las palabras, las precisas para describir sensaciones rápidas. A mayor riqueza formal, menor emoción. Max Aub sabía como nadie cómo no se debe escribir.

Colorado me miro, colorado
de tanto recorrerme el sufrimiento
que de lágrimas sólo me sustento
y del dolor que tengo en el costado.

Y si me desespero demasiado
ninguna compañía me consiento
sino la lluvia alrededor y el viento,
el frío marzo y el abril delgado.

En vano intento rescatar mi vida
y dar otro color a mi destino
menos penoso que el de su costumbre,
que esta lumbre en los ojos, está herida,
sólo saben andar por el camino
de la más colorada servidumbre.

TRÓPICO NOCHE

Tierra caliente. Grillos, cucarachas, lagartijas por la cal blanca del cuarto. Corren, se detienen. Punto y raya. ¿Qué aguardo si estoy solo? ¿Qué espero? ¿Qué me desasosiega?

Puerta cerrada que me acecha, y yo que la acecho. La tierra que me acecha, y yo que la acecho. Desconfianza: Inseguridad. ¿Quién vive? Todo vive: Tardo, lento, sin fin, agarrotado por el calor y el movimiento, que vigila. Todos estos bichos que me vigilan, todas estas alimañas que vigilo. Vigilia caliente, en vilo. Vileza alimañera. ¿Quién me mira? ¿Esa gota que rueda por mi cuello, hacia mis espaldas, ya fría? Esa tierra que me espía, al

husmo, despierta con un ojo solo. Esa tierra cargada de bichos engendrados por el calor...

Ese calor, esa fiebre que rezuma del mantillo. Ese ahogo, ese fuego lamido por el ruido del mar.

Este bochorno, este ardor mate.

Esta mariposa enardecida por la lámpara, empedernida de furor por penetrar en la luz artificial, cerrada a todo lo que no sea su deseo. Y este zancudo al que debiera aplastar, convertir en pasta sanguinolenta, ahí mismo donde está.

Grillos, agujeros, un cacareo lejano, otro; ladridos encadenados, perdidos. Un grajo, y el fondo continuo, muerto, del mar. Una mosca, un mosquito, otro, todos engendrados por el calor. (Pasteur miente.) Engendrados por el calor, como el agua salada del mar, y el sudor y la inquietud, y la acechanza, y la intranquilidad. Ese susurro, ese golpe, ese latir, ¿es el mar o las palmas en el viento? ¿O el viento suave, traidor, por las palmas?

Si bajo a dormir en la hamaca, entre los cocoteros, la luna no me ha de dejar. El Pacífico muriéndose, a mano. Por lo menos desde aquí no le oigo. O creo que no le oigo. Si me fijara bien, lo oiría.

Quieta lagartija fija en la mosca y que, de pronto, se la traga. Vaguedad de un mundo preciso. ¿Qué espero? ¿Dormir?

Deslizarse, como un bulto, por la pendiente del sudor. El sueño, como una serpiente, arrollado a los pies de la cama.

A lo lejos, bajo la luna, la suciedad acumulada del pueblo, triste, pequeño, desconchado, desportillado. Los cocoteros y la luna. Trópico de tarjeta postal, trópico verdadero.

De cómo las lagartijas se comen las moscas, o la mejor táctica militar. ¿Qué espero de la puerta cerrada? ¿Qué acecho en esta tierra que acecha si me guardan las iguanas? ¿De dónde ha salido esta nueva mariposa si me aguarda la tela metálica? Telarañas. No, no hay telarañas en el cuarto. Araña negra, escorpión, alacranes, garrapatas, tarántula, serpiente. Todo se arrastra, pica, roe, vuela, zumba, muerde, punza...

Impotencia. Todo se mueve, menos uno. Caen los párpados para volver a abrirse. ¿Qué rueda, qué se desliza? El sudor por la frente. La luna por el cielo claro y sin estrellas. Querer volverse del otro lado, y no podrá, ¡oh, red! ¡Un puñal para asesinar el bochorno y echarlo al mar!

Escalofrío de las palmeras, respiración monótona del mar. Viento a ras de tierra, caliente. Y la serpiente, la serpiente...

AMANECER EN CUERNAVACA (fragmento)

Todavía no zumban las moscas, todavía no salen las lagartijas, todavía no picotean las gallinas ni alza sus crines el caballo. Sólo un perro sin nombre corretea flaco, la cola a lo que sea, husmeando sin parar hasta perderse tras el recodo.

Como si fuese en Aragón o en Cataluña.

Un perro flaco, sin nacionalidad, es decir, ciudadano del mundo, o sea, también de España, desencadena la evocación. Finalmente, España siempre presente en su pensamiento. ▀